

CONTESTACIÓN
de
DON CRISTÓBAL L. MENDOZA

Señores:

No pudo confiarme la Academia misión más grata que ésta de dar en su nombre la bienvenida a nuestro nuevo colega, el señor Augusto Mijares, quien aporta un precioso caudal de experiencias y de conocimientos a la obra de investigación que aquí se realiza. Por ancha senda de auténticos merecimientos y exhibiendo títulos de acrisolada legitimidad, llega Mijares a ocupar el sillón que honró Luis Correa, cuya muerte marcó un día infausto en los anales de la Corporación y dejó un inmenso vacío en las letras nacionales. Señala el recipiendario que fue el propio Correa uno de los primeros en pensar y hablarle acerca de su próximo ingreso a esta Casa de estudios. Me complazco en agregar, sin temor de equivocarme, que el ilustre desaparecido no habría vacilado en recomendar a Mijares si le hubiese sido dado hacer una indicación sobre su posible sucesor en el sitio que tanto amaba, complaciéndose en considerarlo como el animador de sus ardores en la tarea de presentar a las nuevas generaciones venezolanas el significado de la vida y las obras de los hombres a cuyo cargo corrió en las épocas pasadas la responsabilidad de dar consistencia a la nacionalidad y de sostener el prestigio político, moral e intelectual de la naciente República.

Luis Correa, como ahora Augusto Mijares, consagró por entero sus altas dotes mentales y su fina sensibilidad espiritual a la labor de extraer de esas vidas una lección eterna que fuese, para nosotros y para nuestros descendientes, fuente de inspiración, estímulo fecundo y guía orientadora. Aspiraba nuestro llorado colega a inculcar en la juventud venezolana un estable y permanente concepto de patria, de alcances realmente nacionales, a través del estudio de las figuras históricas que por las armas o las letras, por las ciencias o las artes, contribuyeron a la formación y arraigo de un espíritu colectivo y de una conciencia nacional en el país, consolidando y vigorizando el ímpetu inicial de 1810 y dando un fundamento irrevocable a la fe en los destinos de la Revolución emancipadora. Le era particularmente cara la obra de los hombres que hicieron posible el movimiento separatista y la de los civilizadores empeñados después de 1830 en dar un sentido de cultura a la obra revolucionaria. Así, en su elogio de José Ramón Yépez, nos dice: "... El pueblo, que en medio del tumulto, sobre el dolor y la muerte de los años terribles, había soñado con una amorfa igualación en virtud del conocido principio físico de la reacción igual y contraria a la acción, ciego de ira o alocado de esperanza, caía fatalmente en el caudillismo como en la única fórmula posible de regeneración. En ese medio se ha venido debatiendo la República en busca del nivel original, que es para Venezuela el de los años pródigos que precedieron al 19 de abril, el de los varones que crearon la riqueza pública, dieron consistencia a la unidad nacional y desataron en la noche de la Colonia el verbo matinal de la anunciación... Discípulo de don Feliciano Montenegro y Colón, su espíritu se formó en aquel palenque educacionista que tras de las guerras de la Independencia y la fundación de la República, pretendió encauzar por rumbos distintos el carácter nacional, ahogado todavía con la sangre de los holocaustos y las pasiones de la lucha. No se ha hecho justicia entre nosotros a aquellos hombres que, como don Feliciano Montenegro, sobre los frutos de la violencia trataron de erigir los principios que rigen toda sociedad civilizada y contribuyeron a eslabonar la tradición, rota por los azares del campamento. Era patriótico y necesario infundir a los hijos de los guerreros de la víspera el amor a las letras, las artes y las ciencias y para esa tarea nobilísima se reanimaban las aulas con la palabra de los Montenegros y los Aguerreveres."

Como símbolo de esa fervorosa devoción y de ese hondo anhelo, Correa compiló una serie de estudios críticos suyos sobre personajes literarios venezolanos, bajo el título *Terra Patrum* explicándolo, conforme al pensamiento de Bourget, como la tierra hecha por aquellos de quienes procedemos y que nosotros debemos continuar. Con sobra de razón observa Mijares que toda la obra histórico-literaria de Luis Correa podría ponerse bajo esa misma advocación, ya que toda ella está dedicada a mostrarnos los hombres que nos precedieron y a describirnos las cosas ya pasadas como la honda raíz de nuestras virtudes, como el motivo distante de nuestras aspiraciones y como el remoto manantial de nuestras energías. Discípulo convencido de Fustel de Coulanges, el ilustre autor de *La Ciudad Antigua*, Correa tenía la noción viva y exaltada de que los pensamientos que hoy nos mueven, las preocupaciones que nos agitan, los impulsos anímicos que forman nuestro mundo interior, no son nuestros ni nos pertenecen por título exclusivo y que hombres y colectividades van, simplemente, formando eslabones sucesivos de una cadena cuyo principio se confunde con nuestros orígenes y cuyo brillo y resistencia se acentúan o debilitan según se eleven o depriman las condiciones morales y las aptitudes intelectuales de los forjadores de cada uno de aquéllos.

Nuestro nuevo colega abunda en este concepto y este sentimiento, alma y luz de toda la obra de Correa y comparte con éste la convicción de que las raíces de nuestras actividades mentales se nutren de la savia tan laboriosa y esforzadamente trabajada por las generaciones precedentes, sin que el aprovechamiento de esa savia signifique la contemplación petrificada del pasado con tanta razón condenada por él mismo como una simulación del patriotismo por el expediente de las ceremonias exteriores sino, por el contrario, el afianzamiento de la herencia de riquezas espirituales, de valores morales, de hábitos sociales y políticos, de leyes tutelares y de bien fundados propósitos que debemos perfeccionar incesantemente para honra nuestra y beneficio de las generaciones futuras. Al exponer ese criterio, a la vez dinámico y tradicionalista, de la Patria donde han de prosperar la seguridad, el honor y la libertad que deseamos para nuestros descendientes, Mijares apunta lo que, en su concepto, constituye la característica esencial de la obra de nuestro desaparecido colega. "Así la concebía, sin duda, don Luis Correa, nos dice, y he de repetir aquí lo que ya dije de él en otra ocasión: que por encima de las altas cualidades de talento, ilustración y caballerosidad que podrían destacarse en su obra y en su vida, debemos poner una que es de capital importancia en estos momentos de crisis espiritual para nuestro país: don Luis Correa es, de nuestros escritores contemporáneos, el más venezolano..." "Toda la exquisita delicadeza de su espíritu, su perspicacia crítica y su entusiasmo de poeta se orientaron con amor constante y singular acierto para buscar lo afirmativo venezolano."

Con la misma perspicacia crítica, con igual acumulación de conocimientos y dotado de un sólido sentido filosófico, nuestro nuevo colega ha sentido también la poderosa atracción de hallar lo afirmativo venezolano en el estudio de los hombres y las cosas del pasado. Como Correa, y por la misma callada senda del análisis y de la meditación, ha tratado de extraer la incógnita de nuestros destinos por el conocimiento y ponderación de nuestros orígenes y primeros pasos, buscando en éstos, como en una fuente oculta, la renovación de las fuerzas que han de vigorizar la marcha del País hacia más elevados planos espirituales. Y digo fuente oculta porque, infortunadamente, los venezolanos hemos dejado que la maleza crezca y prospere sobre las rutas abiertas por los padres de la tierra. Las frecuentes convulsiones políticas, que impidieron por una larga centuria nuestro progreso demográfico, económico y cultural, produjeron un estado de ignorancia, indiferencia, malicia y flojedad de ánimo impropicio para la obra colectiva de mantener y desarrollar una orientación nacional basada en las ideas y actuaciones de las figuras representativas de la nacionalidad. De aquí que ese concepto de lo afirmativo venezolano se encuentre hoy aún en las primeras etapas de su proceso de cristalización y de aquí también, que

sea doblemente meritoria y plausible la labor de los espíritus selectos consagrados a sacar a luz los nervios y los músculos de nuestra nacionalidad.

Mijares es uno de esos abnegados espíritus. Oigamos cómo explica él mismo su objetivo en la interpretación pesimista de la sociología hispano-americana: "... las consecuencias vitales que tiene entre nosotros la interpretación de la historia, nos dice, y los problemas de actualidad constante que ella comprende y que no es posible desdeñar. Esa consideración y el deseo de refutar aquellas doctrinas han sido hasta ahora el objeto de mis estudios históricos. Dedicados esos estudios, unos a los grandes hombres de América, otros a hechos aislados de la vida continental, pueden parecer fragmentarios, y quizá lo son, pero están unidos todos por el propósito de descubrir la otra tradición de principios intelectuales y morales, que nos equipara a los pueblos europeos; una tradición de aspiraciones colectivas y de ideales políticos jamás domeñada, ni aún en las épocas más duras; una tradición también de hombres de Estado, de pensadores serios y de trabajadores honrados, que en la mayor parte de los países hermanos han realizado ya la reorganización republicana de la Patria. Es en esa tradición y en esos hombres donde es preciso estudiar el verdadero sentido de la vida colectiva americana y su orientación íntima. Esa tradición es lo que legitima nuestras ambiciones a un orden político superior, y es una promesa de que se realizarán. Esa tradición precedió al nacimiento de la nacionalidad, puesto que los Libertadores emprendieron la creación de la Patria, no con el simple propósito de desligarla de la dependencia extraña, sino también para encarnar en ella un sincero ideal republicano y fundar para todos un hogar seguro y digno."

De cómo plantea Mijares ese problema de cristalizar en fórmulas positivas lo afirmativo autóctono no ya en Venezuela, sino a través de toda la América hispana, dan idea clara estos conceptos suyos en la introducción de sus notables estudios publicados bajo el título *Hombres e Ideas en América*. "Nuestro nuevo mundo no ha cumplido ese deber y ese derecho de destacar como suyos los hombres y las ideas que pudiera reclamar como representativos. ¿Cuál es el concepto que tiene Hispanoamérica de sí misma: de su raza, de sus antecedentes históricos, de sus posibilidades políticas, de los problemas que debe considerar como capitales, etc., etc.? ¿Cuál es el carácter que ella misma manifiesta, a través de la vida y la obra de los héroes, militares o cívicos, que sobre sí ha levantado la conciencia colectiva? ¿Existe, en suma, entre nosotros una cultura orgánica, dentro de la cual aquellas interrogaciones vitales tengan la precisión y claridad que deben corresponder a una conciencia hispanoamericana propia? Indudablemente que no. Las ideas y la obra de nuestros pensadores y de nuestros políticos han permanecido aisladas, como patrimonio individual de cada uno de ellos, por ello no puede decirse que sean *Hombres e Ideas de América*; son todavía, simplemente, Hombres e Ideas en América. Es indudable que ya nuestra vida espiritual reclama esa sistematización de un idearium hispanoamericano, que podría ser, a la vez, base y orientación para un desarrollo racional y más amplio de todas nuestras actividades."

Era, pues, lógico que Mijares iniciara sus trabajos en esta academia con el estudio de una de esas figuras cuya obra e ideas, si bien no autorizan para refutar la respuesta negativa que da el propio Mijares al problema de lo afirmativo autóctono en la América hispana, sí nos permiten al menos aseverar como hecho cierto la existencia de elementos capaces de asegurar la deseada evolución hacia la conquista de ese afirmativo. De entre tales figuras Mijares ha escogido como tema de su discurso de incorporación una de las más atrayentes por la elevación de sus ideas, la extensión y profundidad de sus conocimientos, la sagacidad de su instinto político y la galanura de su lenguaje, todo ello realzado por un bien templado carácter y por una integridad a toda prueba. Esa figura se llamó Fermín Toro, y Mijares nos hace su biografía en corta y certera pincelada. "La fuente más abundante de sus ideas políticas, observa, es un simple folleto, las *Reflexiones sobre la Ley de 10 de abril de 1834*, destinado, como es bien sabido, tan sólo a combatir la mencionada

Ley que autorizaba la usura bajo pretexto de mantener la libertad en los contratos. Pero la elevación de su talento y la generosidad de su carácter mantienen a Don Fermín Toro por encima de aquel propósito concreto. Su lucha es contra todas las formas de la explotación y la injusticia, y tiene tal universalidad, que bien podemos traerlo a opinar hoy sobre los problemas políticos, sociales y económicos contemporáneos, sin necesidad de cambiar una sola de sus palabras."

En efecto, en sus *Reflexiones* Fermín Toro no es el experto en ciencias económicas hacia las cuales experimentaba no disimulada aversión en cuanto ellas anteponían las reglas de la doctrina en boga para la época al bienestar del mayor número, sino el político de elevadas miras y de penetrante perspicacia que aspiraba a la formación de un ambiente nacional propicio al desenvolvimiento ordenado y pacífico de los principios proclamados por la Revolución Emancipadora en medio de la más sangrienta y asoladora convulsión. Adelantándose en muchos lustros al desprestigio del liberalismo exagerado de la escuela manchesteriana y dando a sus conceptos un alcance mucho más trascendental que el simplemente económico, Fermín Toro se hace campeón de los necesitados, de los débiles, para ampararlos contra la injusticia y la especulación. A riesgo de cansar la atención de los oyentes, reproduciré el pensamiento de Toro que ya nos ha leído y comentado con brillo el nuevo colega. "Los partidarios de la escuela de Say, de Bentham, y de algunos otros escritores modernos, principalmente economistas, dice, miran la libertad como objeto, como principio el más sagrado; y aplicándola a la industria, le subordinan o más bien le sacrifican la igualdad que sí puede llamarse fin y objeto de la sociedad. Monstruosa me parece esta doctrina y causa de inmensos males en el seno de la sociedad. Yo sostengo la tesis contraria como la más racional, la más conforme a los principios de la humanidad, y la más propia para conservar las relaciones de justicia, equidad y benevolencia entre los miembros de la sociedad. Yo sostengo que la libertad no es el fin de la sociedad, y que como medio o facultad, debe estar subordinada a la igualdad necesaria, que es el objeto principal de la asociación, pues que por ella, y en la categoría de derecho, todo individuo debe poseer los medios de conservar su dignidad moral y su existencia física. Falta desarrollo en un elemento social, prepondera uno a expensas de los otros; la acción política, religiosa o industrial causa violencias, o deprime los otros círculos; hay una parte del pueblo que carece de educación moral, de enseñanza intelectual, de medios de subsistencias; en cualquiera de estos casos puede asegurarse que la igualdad necesaria padece, que el principio moral está violado, que el estado de la sociedad es anormal, violento e injusto, y que la libertad que entonces se ejerce por algunos con daño de los otros, es tiranía, es iniquidad, porque rompe la armonía y viola la igualdad".

Y como para exponer en toda su amplitud el pensamiento trascendental que quiere presentar, como un consejo y como una advertencia, a los estadistas y gobernantes de Hispano-América, Fermín Toro les dice: "La América ofrece una combinación de intereses sociales más complicada que todas las que re-cuerda la historia. Los principios más latos y atrevidos de la democracia, como un soplo constante que se difunde en todo un hemisferio, comunican calor, actividad y aun fiebre, a masas antes inertes, divididas, clasificadas y como pasadas por un harnero que separaba sangre de sangre, y espíritu de espíritu. La convocación está hecha a esta multitud de fracciones en el campo de la política. Nada las distrae ni las detiene, porque no tiene leyendas tradicionales, ni abstracciones de filosofía, ni escuela de artes, ni campo a la emulación científica, ni el engolfamiento de la creciente industria, ni las precauciones consiguientes a la acumulación de las riquezas. Las masas vienen al terreno de la política puede decirse desnudas, rompiendo con lo pasado y buscando en el porvenir la solución de dos cuestiones: mando y propiedad. Éste es el gran problema de la armonía social que la América está llamada a resolver..."

Fermín Toro es, sin hipérbole, el intérprete más sagaz, más humano y más sincero de la Revolución emancipadora. Por encima de las preocupaciones que pudiera causarle, como hombre

de partido, la lucha política desencadenada con violencia, buscó soluciones para los hondos y graves problemas planteados por la reciente conflagración, cuyos efectos apenas comenzaban a sentirse. En medio de la miseria general ocasionada por la guerra de la independencia, y ante la crisis de autoridad provocada por el derrumbamiento del sistema colonial, cuyo prestigio y eficacia no habían sido aun sustituidos por una organización de poder y de recursos similares, Fermín Toro se empeña, no en poner diques a los torrentes desatados, sino en abrir amplios cauces siguiendo la orientación de los principios que habían inspirado el movimiento emancipador y procurando resolver los conflictos causados por el caos económico mediante procedimientos cónsonos con la grave situación y no por meras y absurdas actuaciones judiciales. Por ello traza en sus *Reflexiones* sobre la libertad de contratos el cuadro completo del estado de la República y aún de la América española, no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el ángulo político-social y pide con frases de elevada vehemencia que se procuren remedios contra los males existentes, aun cuando éstos se hallen amparados por las leyes vigentes, dentro de las fórmulas igualitarias proclamadas por la Revolución. "Se soporta muchas veces, advierte, la tiranía de un hombre, el poder de un guerrero, la dominación de una clase porque con frecuencia esto mismo excita algún gran sentimiento nacional, la gloria militar, la ambición de conquistas, el noble orgullo de las ciencias, pero jamás se conllevan pacientemente la opresión y la injusticia ejercidas, con calma y con frialdad en nombre de las leyes y bajo el velo de las formas judiciales."

Aun cuando no es adversario del liberalismo económico, tiene la convicción de que es imprescindible mitigar las consecuencia fatales que acarrea la aplicación irrestricta de sus postulados, especialmente en pueblos empobrecidos e incipientes. "En el sistema industrial, observa, el individuo se hace centro de sus propias acciones, explora la sociedad como campo enemigo y estudia sus tendencias y sus preocupaciones para aprovecharse de ellas. En este sistema puramente personal no hay acción uniforme, no hay fuerza colectiva, no hay comunicación de pensamientos. El individuo forma su propia legislación y poco a poco es conducido a rechazar todo sistema universal de moral, de religión y de legislación política que se oponga a sus intereses y cálculos individuales. En esta lucha constante el interés general es siempre sacrificado; la noción del deber para con la sociedad se va extinguiendo; lo ideal de la humanidad como persona moral a quien se debe algún sacrificio del egoísmo personal, llega a verse como una ridícula ilusión; y en el predominio de lo individual y de lo material, las ideas de deber, patriotismo, virtud moral y religión, quedan tan debilitadas que puede asegurarse que por sí solas son incapaces de producir una acción. La unidad de fines en la sociedad se pierde y los poderes públicos quedan privados de toda acción directa, de toda tutela protectora de los intereses generales, sacrificados en la contienda reñida de las pretensiones individuales".

Ya antes ha expresado el ilustre estadista su amplio concepto acerca de las bases de la sociedad. "El gran problema de la sociedad, exclama, es conservar su triple esencia. No hay nación, ni gobierno, ni legislación, ni carácter nacional, ni progreso constante y uniforme si no hay unidad. No hay propiedad ni emulación, ni industrias, ni arte, ni riqueza, si no se conserva la independencia individual. No hay verdadera asociación, ni amor a las instituciones, ni fuerza en los poderes públicos, ni igualdad racional, ni bienestar, ni contento en la Nación si no subsiste la armonía". En este hermoso pensamiento, quizá mejor que en ninguno otro de los suyos, expresó el ilustre político su concepto cabal acerca de cómo debía organizarse la República para que todos sus hijos, desde el más poderoso hasta el más humilde, pudiesen disfrutar de los beneficios que tenían derecho a esperar del nuevo sistema a cuya implantación habían contribuido con su sangre. Conocedor profundo del medio, con una noción exacta de los abismos que se abrían en las rutas por donde habría de transitar la revolución, Fermín Toro alzaba su voz con acento apocalíptico y se convertía en el profeta de los desastres ya próximos, al mismo tiempo que clamaba por la

unidad, la igualdad y la armonía entre todos los venezolanos como condición esencial para la formación efectiva del carácter nacional, para la creación de una consistente asociación político-social y para el logro de un verdadero bienestar general.

Si se analizan histórica y filosóficamente los idearios y actitudes de los personajes cuya influencia se dejó sentir en Venezuela desde la reconstrucción de la República en 1830 hasta fines del siglo, se llega a la conclusión de que Fermín Toro fue el más venezolano de todos porque adoptó sin reservas y en todo su amplio significado el programa de la Revolución Emancipadora, porque ahondó con acierto y rectitud incomparables en los problemas de todo orden creados por el establecimiento de la República y procuró resolverlos por los medios más propicios al afianzamiento de la nueva situación, porque pensó, sintió y actuó en función única de las necesidades, tendencias y circunstancias de la recién nacida nacionalidad y porque amó, en fin, a su pueblo, colectivamente, con amor desinteresado y ferviente y puso al servicio de éste, sin egoísmos ni exclusivismos de clase o de partido, las dotes excepcionales de su espíritu. De este amor a lo venezolano y a los venezolanos, no excluyó ni aun a sus enemigos, como lo comprobó cuando después de diez años de persecuciones, volvió a la vida política para pedir ante una exaltada Asamblea el perdón de los Monagas, arrojando sobre éstos el manto de misericordia que no necesitaba para sí. "La revolución, dijo, se ha salvado con su bandera. La revolución ha tenido por único, por exclusivo lema de esa bandera el olvido de lo pasado y el perdón de todos los venezolanos; y mientras tenga voz, Señor, mientras me sea posible subir a la tribuna, combatiré todo aquello que tienda a la división de los venezolanos, invocando con un lenguaje exagerado las pasiones pasadas, las pasiones feroces tan perjudiciales a la paz de la República". Hermanó así en aquella memorable ocasión, como en muchas otras, el ilustre repúblico su grandeza de alma con el conocimiento íntimo que tenía del ambiente de Venezuela, para legarnos una fecunda lección de patriotismo.

Parece oportuno antes de concluir, volver por un instante al tema de lo afirmativo venezolano y a la labor que se ha impuesto nuestro colega, gemela de la desarrollada en hora feliz por su antecesor en el Sillón que viene dignamente a ocupar. Ambos, con fe entrañable en el provenir de la tierra hecha por nuestros libertadores y después por los hombres que supieron interpretarlos, nos han mostrado los panoramas ideales de esa tierra que nosotros y nuestros descendientes debemos continuar. Esa labor constituye la contribución más fecunda, por parte de los hombres de letras, a la empresa de la consolidación final e nuestra conciencia colectiva, cuyas raíces han de buscarse en los orígenes de la nacionalidad.

Señor Augusto Mijares: servíos recibir por mi órgano la más cordial y efusiva bienvenida de la Academia Nacional de la Historia